

Archenti, Adriana; Tomás, Marcela

Interculturalidad, trabajo y migración en el Gran La Plata

III Jornadas de Sociología de la UNLP

10 al 12 de diciembre de 2003

Cita sugerida:

*Archenti, A.; Tomás, M. (2003). Interculturalidad, trabajo y migración en el Gran La Plata. III Jornadas de Sociología de la UNLP, 10 al 12 de diciembre de 2003, La Plata, Argentina. La Argentina de la crisis: Recomposición, nuevos actores y el rol de los intelectuales. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6839/ev.6839.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

III JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP:

“LA ARGENTINA DE LA CRISIS. Recomposición, nuevos actores y el rol de los intelectuales”.

FAC. DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN. UNLP.

10 al 12 de Diciembre de 2003.

MESA 21: Civilización y Barbarie.

“Mundo Rural: Interculturalidad, familia y trabajo”

AUTORAS: A. Archenti y M. Tomás.

archenti@perio.unlp.edu.ar mmtomas@sinectis.com.ar

INSERCIÓN INSTITUCIONAL: Facs. de Humanidades y Cs. de la Ed. y Periodismo y Comunicación Social. UNLP.

TÍTULO: Interculturalidad, trabajo y migración en el Gran La Plata.

RESUMEN

En la presente ponencia hacemos referencia a procesos de migración, trabajo e inserción en la sociedad local por parte de migrantes de origen boliviano a la ciudad de La Plata y Gran La Plata. Los mismos implican formación de identidades étnico-nacionales y procesos de auto-identificación e identificación desde el afuera en situaciones de contacto intercultural y precariedad legal y laboral.

Consideramos que quienes migran comparten, además de la experiencia migratoria, pautas culturales de su lugar de origen que constituyen una matriz¹, la cual, al ponerse en acto en la relación con agentes de la sociedad receptora, actualiza diferencias entonces disponibles para su utilización en la construcción de estereotipos presentes en la relación entre propios y extraños. A la vez se produce un proceso de apropiación de valores y prácticas de la sociedad receptora, que entendemos son seleccionados –entre otras cosas- para permitir la comunicación y el fluir de la cotidianeidad.

¹Entendemos en este contexto “matriz cultural” en el sentido especificado por I Moreno, que la describe como un sistema estructurante no armónico, con contradicciones y desajustes, que funciona en cada individuo como base de su identidad. Los ejes en torno a los cuales se organizarían las diversas matrices estarían constituidos, según este autor, por la pertenencia étnica, el género sexual y la clase o profesión

Es desde esta perspectiva que buscamos comprender los procesos de inserción, segmentación, aceptación, rechazo y reinención de identidad por parte de inmigrantes y locales en un contexto periurbano.

1- Presentación

La presente Ponencia se inscribe en una serie de trabajos que venimos realizando en el área periurbana de producción hortícola de la ciudad de La Plata. Teniendo como universo de estudio inmigrantes asociados a dicho hábitat socio-laboral, en ellos abordamos aspectos de la inserción local de los mismos –en especial con respecto al caso boliviano- desde distintos ejes analíticos; como son la etnicidad, el trabajo, el género, la participación institucional, la construcción mediática de la otredad por parte de los medios de comunicación locales, el uso de medios desde los propios migrantes. En este contexto nos referiremos a algunos conceptos que guían nuestra reflexión y expondremos resultados del trabajo de campo referidos a las dimensiones de trabajo, etnicidad y género.

2- Elaboraciones conceptuales

A propósito del tema que convoca la mesa, en nuestros trabajos partimos de la idea de que en toda sociedad se presentan relaciones de interculturalidad, entendiendo a esta en términos de coexistencia de diversas subculturas: de nacionalidad, de etnia, de clase social, de género, en un plano de asimetría estructural donde intervienen principios diferenciadores / jerarquizadores. En tanto concepto, la interculturalidad posibilita visualizar el modo en que diversos grupos sociales elaboran intercambios, transacciones y negociaciones de sus diferencias en un marco de desigualdad. Los grupos así delimitados interactúan en un contexto dinámico que se actualiza, define y redefine en el transcurso de relaciones que implican dependencia, sumisión, exclusión o discriminación.

Nuestra intención es poner en foco la disrupción de la dimensión cultural –y su continuo trabajo de demarcación- en las relaciones entre colectivos que se autoperciben y perciben a los otros como diferentes en una gama de sentidos que abarcan el fenotipo, la vestimenta, los hábitos corporales, higiénicos, alimenticios, las conductas kinésicas, el uso varietal del

lenguaje, el consumo “necesario” o “dispendioso”, las concepciones espacio-temporales, la relación con el trabajo.

En un terreno de disputa simbólica, la cultura –verbalizada en cuanto dimensión estática - es apelada como categoría explicativa por parte de los propios actores en el sentido de dar cuenta de esas diferencias que agrupan y distinguen en términos de causalidad.

La diversidad cultural, pero además los sentidos atribuidos a las variaciones fenotípicas, son entonces un insumo para la construcción de las relaciones entre colectivos, una materia prima que es procesada con medios simbólicos que desglosamos analíticamente en pasos no necesariamente sucesivos, que involucran la percepción-comparación-identificación/atribución- generalización, jerarquización; y que permea de maneras más o menos explícitamente conflictivas las relaciones entre los sujetos sociales.

Entendemos, en coincidencia con Laclau (1993) que “lo social no es tan sólo el infinito juego de las diferencias. Es también el intento de limitar este juego, de domesticar la infinitud, de abarcarla dentro de la finitud de un orden. Pero este orden -o estructura- ya no presenta la forma de una esencia subyacente de lo social; es, por el contrario, el intento de actuar sobre lo ‘social’”.

Es en este inestable campo -en que se intenta fijar el sentido de lo social- donde las identidades sociales se constituyen: “la identidad social y la subjetividad son siempre precarias y provisionales, contradictorias y en proceso (...). No obstante esta precariedad, en una sociedad y una época determinadas, tales identidades suelen cristalizarse en sistemas clasificatorios que, para los actores que los encarnan, tienen la apariencia de ‘cosa dada’ y evidente”. (Vila, Pablo, 1993: 1 y 2. Citado en Caggiano, S., 1992).

Las potencialidades, entonces, están limitadas por condiciones históricas de posibilidad que permiten que determinadas identidades y no otras se construyan. La identidad social está basada en una batalla discursiva siempre en curso, batalla que se libra alrededor del sentido que van a tener las relaciones y posiciones sociales en la sociedad y en este sentido, la noción de estereotipo contribuye a pensar cómo esos sistemas clasificatorios cristalizados sobre los otros sirven para frenar la potencial indeterminación de criterios de categorización en sociedades pluriculturales con afluencia continua de inmigrantes de distinto origen. En situaciones percibidas como de amenaza de identidades grupales, los

estereotipos organizan la deriva de significados apuntalando lo propio y congelando lo ajeno. Constituyen además estrategias de conocimiento y auto-reconocimiento, funcionando como guías para la acción y la interacción. De este modo, la construcción identitaria pivotea, ora produciendo una visión monolítica y estática del “otro” que concluye en una autoimagen en tanto grupo homogéneo y cohesionado, ora difuminando esa construcción en una flexibilización, cambio y recombinación de los rasgos seleccionados –de acuerdo al contexto sociohistórico de relaciones efectivas- cuyo resultado alquímico es nuevamente “esencia” transitoria.

En otros términos, al conceptualizar las identidades como construcciones sociales, asumimos que están sometidas a transformación, “existiendo” de manera inconclusa a lo largo del devenir histórico. La condensación situada en determinados referentes y la intervención de factores estructurales - a modo de conjunto de presiones, constricciones y posibilidades- (cfr. Williams, R., 1980) nos posibilita sin embargo aprehender principios de organización que describen de manera tendencial las características de una identidad puesta en foco en un contexto determinado, de modo de “fijar” parcialmente a los fines del análisis un cotinuum de variaciones posibles.

En términos de G. Giménez (1994), el proceso de construcción de identidades estaría regido por dos principios: Por una parte, la *diferenciación*, proceso lógico mediante el cuál los individuos y grupos se autoidentifican por la afirmación de su diferencia con respecto a otros individuos o grupos, permitiendo establecer una diferencia entre sí mismo y el otro. El *modus operandi* consiste en agrupar de una manera específica un conjunto de rasgos - consensuados por los sujetos que sostienen una identidad determinada - reconocidos como comunes a todos ellos y diferentes –al menos en parte- a los de otras identidades grupales. Para que estos rasgos sean susceptibles de ser utilizados como marcadores de las fronteras del endogrupo, es necesario que sean perceptibles para los individuos.

De modo que un aspecto del proceso puede especificarse a partir de una toma de conciencia de las “diferencias” expresadas en el lenguaje y en el sistema simbólico - del grupo y de los individuos que lo conforman- y se encuentra articulado con reglas de comportamiento, códigos y roles sociales, distinguiendo contrastivamente las relaciones tanto a nivel del endogrupo como hacia el afuera.

El otro principio que -de manera paralela y complementaria al arriba desarrollado- es el de la *integración unitaria o reducción de las diferencias*, que actúa conteniendo la variabilidad bajo un principio unificador, el cual integra a la vez que neutraliza, encubre y fomenta el olvido de las diferencias al interior del grupo.²

Estos principios no operan en el vacío, sino en el marco de una estructura social (en los términos precedentemente especificados), lo que equivale a decir que se vuelve imprescindible, cuando analizamos las identidades sociales, considerar las posiciones que los sujetos involucrados ocupan en la misma y su percepción de dicha situación.

La arriba desarrollada visión relacional de la identidad es asimismo aplicable a nuestra concepción de la etnicidad, cuyos antecedentes pueden rastrearse a los trabajos de M. Weber sobre comunidades étnicas. El autor abordó el estudio de las mismas desde el punto de vista de la “comunidad subjetivamente sentida”, asociando el sentimiento étnico a la percepción del “honor social”. Así, Weber definía a los “grupos étnicos” como: “... aquellos grupos humanos que fundándose en la semejanza del hábito exterior y de las costumbres, o de ambos a la vez, o en recuerdos de colonización y migración, abrigan una creencia subjetiva en una procedencia común” (Weber, M, 1979: 319). Tomando distancia de las versiones más biologicistas apoyadas en la “raza”, Weber enfatiza el análisis de la etnicidad haciendo referencia al sentimiento o conciencia de diferencia, pudiendo proceder ésta tanto de una disposición como de una tradición.

Los sociólogos de la Escuela de Chicago, por otra parte, fueron los primeros en plantear la superación de las explicaciones de fenómenos como el racismo o los prejuicios étnicos en términos de componentes “esenciales” de las razas, contextualizando a los mismos en el estudio de las relaciones y contactos concretos entre grupos definidos como étnicamente diferentes. Se traslada así el énfasis de la raza a la cultura. Debemos destacar, no obstante, que en trabajos como los de Park, el desplazamiento analítico a las situaciones de interacción no supone un abandono de los componentes subjetivos de la relación. Antes bien, el autor subraya la importancia de no dissociar el análisis del conflicto étnico de las relaciones concretas entre grupos y la manera en que las mismas son vividas por los sujetos implicados. Esta visión relacional de la etnicidad puede compararse a aquella sostenida por

2 No debe olvidarse que, de hecho, un sujeto pertenece simultáneamente a varios sistemas clasificatorios - según el referente sea etnia, sexo, edad, clase, religión, etc.- que de acuerdo al contexto se actualizan priorizando uno u otro eje.

Barth en Europa. La teoría de Barth acerca de la organización social de las diferencias culturales, enfatiza de manera similar sobre el principio de auto-adscripción o la adscripción por otros como fuerza motriz de esa organización. Es central al pensamiento del autor la idea de que las fronteras o límites de la etnicidad son construcciones imaginadas y en redefinición constante según las posiciones adoptadas efectiva o potencialmente por los actores en las situaciones de encuentro. Concordando en términos generales con estas aproximaciones que rescatan los componentes afectivos y cognitivos en la conceptualización de lo “étnico”, debemos destacar asimismo los marcos estructurales de relaciones de poder históricamente determinadas en los cuales esas significaciones subjetivas son producidas. En efecto, los grupos sociales, en cualquier forma de organización social, son grupos cultural, social e ideológicamente identificados con unos intereses en común, constituidos a su vez por subgrupos con intereses distintos a los del primer nivel. En coincidencia con Elías (1997), entendemos que el diferencial de poder no puede ser explicado atendiendo únicamente a posesión o desposesión material, desatendiendo el lugar de las representaciones subjetivas y las formas de conciencia, ya que en ese caso, por ejemplo, un mecanismo psico-sociológico interviniente en las relaciones étnicas tan importante como la estigmatización, quedaría pobremente explicado si no atendiese a “examinar de cerca la idea que una persona se hace de la posición de su grupo entre los otros y, por lo tanto, de su propia posición dentro de ese grupo” (Elías, 1997: 38).

3) Migración, trabajo y etnicidad

Trascendiendo los intereses académicos, la década de 1990 llevó la temática de las migraciones a un nivel de interés en la opinión pública y preocupación en los gobiernos sólo comparable a los primeros años del siglo XX. Esta irrupción del tema en los más altos niveles de discusión nacional e internacional no sólo se ha dado en los países tradicionalmente inmigratorios, sino que se ha generalizado también entre los países de emigración. (Cfr. Lipszic, C. Et Al, 2001)

A principios del siglo las migraciones eran vistas como asociadas al desarrollo exponencial del continente americano. La existencia de prejuicios anti-inmigratorios por parte de algunos sectores de las sociedades receptoras era eclipsada por la visión del aporte positivo del migrante a la economía y cultura de dichas sociedades.

En la actualidad, las migraciones son más sinónimo del traslado de la pobreza que de un elemento indispensable para el desarrollo, dejando al descubierto los obstáculos a la construcción de ciudadanía. Esa tensión se pone de manifiesto, por ejemplo, en los problemas que tienen los migrantes para encontrar empleos dignos y en las consecuencias de buscar trabajo en contextos de discriminación, en tanto los nacionales levantan barreras contra ellos a través de sentimientos xenófobos ante la sensación de que están siendo invadidos. Desde la perspectiva que desarrolláramos en nuestro marco conceptual, la presencia del migrante, del extranjero, parece provocar, en la sociedad receptora, un sentimiento de inseguridad y de amenaza que reforzaría otro de cohesión social frente al que aparece como distinto.

Este rechazo puede potencialmente promover retraimiento cultural y baja integración. Otro efecto en relación al problema del empleo es la conflictividad generada al interior de los propios grupos subalternos, es decir, cuando al rechazo por ser diferente se le une el rechazo por pertenecer al mismo sector socio-económico. A estos fenómenos pueden sumárseles la pérdida de la condición ciudadana del migrante, la reducción de sus derechos, la estigmatización, una preferencia a migrantes provenientes de ciertos países en relación con otros y las identificaciones simplificadoras de las cuales son objeto.

De modo que a las asimetrías en el plano económico se les suma un doble handicap en los planos social y cultural, en especial cuando la situación laboral en los países de recepción se traduce en precariedad e inseguridad para los propios trabajadores nacionales.

La inestabilidad laboral y los altos niveles de desocupación que atraviesan algunos países de nuestra región contribuyen a reforzar un rechazo frente a extranjeros que se perciben como amenazadores de fuentes de trabajo, si bien diversos estudios empíricos han demostrado que en la práctica los extranjeros no amenazan efectivamente los empleos de los nacionales (Cfr. Maguid, 1995, 1997; Fuld, 1997; Lattes, 1996).

En la Argentina, los flujos de migración boliviana comienzan a cobrar importancia a partir de la guerra del Chaco, que enfrenta a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935. Desde entonces y hasta mediados de la década del 60, las provincias limítrofes, en particular, las producciones extractivas tropicales – la caña de azúcar de Salta y Jujuy– que en ellas se desarrollan, constituyen las principales áreas receptoras de mano de obra estacional proveniente de Bolivia.

Al promediar los años sesenta y en respuesta a los cambios sobrevenidos en los ingenios azucareros luego de la caída de los precios del azúcar y la mecanización de los trabajos de recolección de la caña, las migraciones temporales de mano de obra limítrofe fueron paulatinamente suplantadas por migraciones hacia los grandes centros urbanos –Córdoba, Mendoza, Rosario, Mar del Plata, Buenos Aires, La Plata– siguiendo por una parte el itinerario de cultivos estacionales y reorientándose por otra en forma creciente hacia nuevas actividades, en especial el sector de la construcción.

A partir de 1980, la sociedad boliviana enfrenta una de las más agudas crisis en el plano económico, social y político. La acelerada caída de los índices de crecimiento de las principales actividades productivas configuran progresivamente una situación generalizada de estancamiento de la economía. Este proceso resulta de una combinación de diversos factores –internos y externos– tales como la recesión internacional, la caída de los precios de las materias primas, la deuda externa y la hiperinflación.

Se agregan a estos factores las sequías prolongadas, especialmente virulentas a partir de 1983, que generan una reducción de la superficie cultivable y una economía campesina fuertemente dependiente del mercado, -que favorecen a su vez un abandono paulatino de las prácticas tradicionales de rotación, asociación de cultivos, abono y descanso de los suelos (Ledo García, 1996, citado en López Gareri, 1999).

En nuestro país, los cambios económicos producidos en las economías regionales a partir de los 80, en estrecha relación con el mercado laboral, profundizan la modificación en las trayectorias migratorias y aparecen nuevos escenarios de inserción laboral. Así, el mediero boliviano resulta la mano de obra preferida en las quintas de los cinturones verdes de las grandes ciudades y en el sector de la construcción. Su participación sigue encuadrándose mayoritariamente en la categoría de migrantes de baja calificación laboral, con inserción precaria en el mercado de trabajo determinada además por la alta condición de ilegalidad. (Cfr. Benencia y Gazzotti, 1995; Archenti y Tomás, 2001).

Para el caso específico de nuestra área de estudio, el cinturón hortícola platense, a partir de los '60 comienza a registrarse el arribo estacional al área de trabajadores de origen boliviano que se incorporan al mercado de trabajo hortícola acompañando el circuito migratorio nacional. En la década de 1980 la presencia de estos trabajadores es sistemática.

Entre los antecedentes para dicha incorporación podemos mencionar las modificaciones en las estrategias de producción y las formas de organización del trabajo que se encuentran relacionadas con la difusión y adopción generalizada de semillas híbridas y agroquímicos, el aumento en la demanda de verduras que no necesitan cocción para la elaboración de comidas rápidas y los cambios en las formas de comercialización implicados por la creación del Mercado Central de Buenos Aires. Todos estos factores incidieron en el surgimiento de una demanda creciente de mano de obra en el sector. Demanda que se tradujo en la incorporación de bolivianos y una tendencia al reemplazo de trabajadores provenientes de provincias argentinas por los anteriores, sobre todo en la inserción de mediería. (Un desarrollo exhaustivo del concepto de mediería y sus modalidades en la zona, puede encontrarse en: Ringuelet, R. y Otros, 1990; 1991; 1993; 1996).

En base a nuestro trabajo de campo hemos llegado a una serie de caracterizaciones con respecto a la inserción de los migrantes bolivianos en el mercado laboral rural-hortícola, sus relaciones con la sociedad receptora y los procesos de identificación hacia y desde el grupo.

Inspirándonos en la categoría de *segmentación étnica* del mercado de trabajo que desarrollara E. Wolf³ (1993), identificamos como uno de los factores que operan en el proceso de diferenciación al interior del mercado de trabajo hortícola -en el contexto de relaciones imperante al momento de incorporación de los migrantes- la percepción y el recurso, también diferenciales, al “equipamiento” cultural que cada grupo trae consigo -quedando expuesta así la articulación con la dimensión simbólica relacional a la que apeláramos al inicio de este trabajo cuando desarrollamos la noción de interculturalidad-, y su incidencia en las estrategias efectivas de inserción y de recepción. En los términos de este autor, lo significativo sería la posición en que el migrante se sitúa en relación con otros grupos, es decir, su posición en el sistema total de relaciones implicadas en un mercado de trabajo particular, en un momento histórico específico, y por lo tanto sería esta posición la que condicionaría cuáles de sus anteriores recursos podrá aplicar y cuáles deberá adquirir

³ En el sentido desarrollado por este autor cuando se refiere a las “sociedades plurales”- que ejemplifica con las plantaciones - en las cuales coexisten trabajadores “tomados” en distintas poblaciones; el capitalismo, al mismo tiempo que re-crea la relación básica entre capital y fuerza de trabajo, realiza lo propio con la heterogeneidad de la fuerza de trabajo producida. Es decir que la heterogeneidad sería , al mismo tiempo que en gran manera un producto, una condición necesaria al sistema. El capital hace esto de dos maneras: ordenando a los grupos y categorías de trabajadores en forma jerárquica y creando y re-creando continuamente en un nivel simbólico profundas distinciones “culturales” entre los mismos.

entre los nuevos. Esta interacción dinámica de historia vivida y contexto produciría la puesta en acto específica de capacidades o “cualidades” diferenciales susceptibles de valoración –tanto positiva como negativa- por parte del conjunto de actores intervinientes según su situacionalidad en el sistema, que funcionan a la vez como estrategias de inserción de los distintos grupos interactuantes en el mercado de trabajo, y como categorías clasificatorias de los mismos al interior de la sociedad receptora.

Con respecto a nuestro referente empírico, en el discurso de los diversos actores asociados a la producción, aparece una representación mas o menos unificada del sector hortícola de La Plata como compuesto por una serie de conjuntos, definidos en términos que hacen alusión a pertenencias étnico-nacionales: italianos-criollos-bolivianos y otros. Más allá de la coincidencia empírica, cada uno de estos grupos es ubicado en un determinado lugar en el proceso de producción y trabajo. A su vez, cada uno de los grupos es definido como siendo portador de ciertas características inherentes, que se asocian al desempeño del trabajo o al lugar ocupado en la cadena laboral.

En principio, la categoría “boliviano” uniformiza a todos los migrantes provenientes de diferentes regiones de Bolivia, así como también a algunos argentinos oriundos de las provincias del norte. Esta ambigüedad es utilizada en la presentación de la propia persona que muchos bolivianos despliegan en distintas circunstancias, apareciendo ora como tales, ora como jujeños o salteños, ora como tarijeños, potosinos, aborígenes, miembros de sus comunidades, regiones, pagos chicos; en una manipulación dinámica de la propia identidad que responde a las condiciones objetivas del encuentro o la situación.

Cuando los productores locales realizan una caracterización de trabajadores bolivianos aluden a la ambición y a la claridad para perseguir intereses a costa de circunstancias y sacrificios. La valoración de las mismas es ambivalente –positiva o negativa-, según se lo esté definiendo implícitamente en la categoría de “socio” o de “empleado”. En el primer caso se remarca su utilidad para “empujar” al propietario en busca de mayores ganancias. En el segundo esta cualidad, desplegada en el sentido de una lógica de búsqueda del propio beneficio, actuaría en detrimento de la generación de una relación de “*confianza*”, basada en la fidelidad, el respeto y la permanencia.

En el contexto local, la marcada preferencia actual por los trabajadores bolivianos para funciones de mediería, se encuentra asociada a la atribución de determinadas

características, algunas de las cuales desarrolláramos arriba. Las mismas se relacionan por una parte con la asignación de actitudes que se alinearían con las de la administración central de la explotación. En el discurso de nuestros entrevistados, esto estaría representado en la definición del mediero como un “socio”, lo que conduciría a una comunidad de intereses que, en un sentido, anula el carácter asimétrico de la relación remarcado en otros casos.

Por otra parte, se valoran -en una forma de prejuicio positivo- ciertas condiciones de resistencia física ante las condiciones climáticas en que se desarrolla el trabajo, su dureza y continuidad, unidas a la capacidad de subsistir privándose de los consumos definidos localmente como los más elementales, las cuales conforman un estereotipo racial y, por otra parte, resultan funcionales paralelamente a la lógica de las necesidades de producción del empresario y a la lógica de las necesidades de reproducción del trabajador.

Los bolivianos perciben muy claramente la necesidad de manejar ciertos núcleos significativos básicos -la cuestión de la lengua aquí es fundamental- para su inserción laboral y social básica en el país. En nuestros entrevistados aparece reiteradamente la apelación a una sensación de “miedo” en situaciones de comunicación con locales ante la posibilidad de “no expresarse correctamente” o “no ser entendidos”. A su vez, miembros de la sociedad local en interacción cotidiana con bolivianos (productores, técnicos, feriantes, maestras, directivas de escuelas) manifiestan que los mismos “no hablan”, “no se expresan correctamente”, “no se les entiende”. La posibilidad de manejo de códigos lingüísticos e interaccionales constituye un capital simbólico crucial a la hora de negociar los lugares sociales, y su valor estratégico aumenta en la medida en que la inserción de trabajo asume características más “urbanas”. Este también es un dato no menor de la firme necesidad de escolarización que los propios migrantes expresan al ser requeridos con respecto al proyecto de vida para sus hijos. Otro dato significativo en relación a la comunicación verbal es el bilingüismo de muchos migrantes y el cambio en el uso de la lengua que se produce a consecuencia de la migración. Muchos de nuestros entrevistados refieren que al vivir en Bolivia, sobre todo -aunque no exclusivamente- en zonas rurales, el idioma mayormente utilizado era el quechua. Al migrar, en principio queda relegado a la esfera doméstica, pero al tener hijos se prefiere dejar de hablar aludiendo de forma indirecta o explícita a la mayor posibilidad de discriminación que implica la identificación como

boliviano por la lengua. Resulta casi obvio señalar la mutilación de la identidad cultural que significa la pérdida del idioma, a la vez que se transmite a la generación posterior una sensación de “vergüenza” por los orígenes y de asimetría en la posición de los progenitores en la sociedad receptora. No obstante, es necesario mencionar que esta situación es variable al interior del colectivo, dado que quienes se encuentran en posiciones más favorables dentro del sistema social transforman el “estigma” en “emblema”, recurriendo al idioma de origen como política de identidad.

Es interesante asimismo destacar que, aunque la puesta en acto de particularidades regionales (veladas por la nominación "boliviano") tiene un lugar de importancia en la construcción de la sociabilidad boliviana local; éstas formas -que por cierto no son simples repeticiones sino recreaciones ante la nueva realidad que se vive- están acompañadas de un proceso paralelo de gestión de una identidad boliviana *en* Argentina. Y esto ocurre paralelamente a la manera en que la sociedad receptora construye un imaginario de "el boliviano". La fuerza de estos procesos de etiquetamiento puede conducir a la atenuación de las diferencias regionales, siempre presentes en el país de origen. Mas allá de esto, encontramos coincidencias en cuanto al principio identificador que aparece privilegiado tanto para definirse como un colectivo particular como para ser esgrimido como principal factor de búsqueda de legitimación local o estrategia de incorporación. Dicho principio aparece caracterizado a la vez como capacidad física y como cualidad moral e implica un universo de rasgos diacríticos sintetizados en la predisposición y capacidad para el trabajo como estado natural del cuerpo y el alma.

Retomando lo planteado con respecto al concepto de segmentación étnica, es en el marco del sistema de relaciones presentes en un mercado de trabajo y en cierto momento histórico de una sociedad concreta que se configuran y adquieren relevancia por un lado la puesta en foco de ciertas “particularidades” y por otro, la asignación de las mismas en tanto atributos que, en el caso que analizamos, aparecen definiendo colectivos referidos como pertenencias étnico-nacionales.

3- Migración y género: el caso de las mujeres bolivianas

El texto consensuado de la Conferencia de las Américas realizada en Santiago de Chile en el año 2000, sostiene que “el racismo, la discriminación racial y la xenofobia se manifiestan de manera diferenciada en el caso de la mujer, contribuyendo a que sus condiciones de vida se agraven, generando múltiples formas de violencia y limitando o negándoles el beneficio y el ejercicio de sus derechos humanos”. (artículo 53).

La decisión de incorporar a la investigación representaciones, prácticas y consecuencias de la migración desde la visión de las mujeres, parte de algunos hallazgos de trabajos de campo previos y de perspectivas sobre la condición de mujeres en situación de migración presentes en otras investigaciones. Al respecto es central puntualizar el proceso de doble estigmatización al que suelen verse sometidas las migrantes en las sociedades receptoras: a la discriminación potencial devenida de su condición de inmigrante se debe añadir aquella asociada al género. Este fenómeno constituye un elemento ineludible al momento de analizar la especificidad de la experiencia de las mujeres en la migración y contribuir al diseño de políticas que atiendan la multidimensionalidad contenida en los movimientos de población.

Las nuevas migraciones, de manera diversa a las de siglos anteriores, presentan la característica de la feminización (Cfr. Lipszyc Et Al,2001). Las mujeres son una creciente mayoría dentro de los migrantes. A su vez, la relación entre la inmigración y las mujeres debe entenderse en el marco de un proceso de feminización de la pobreza. A lo largo de la historia, las mujeres han estado siempre presentes en los movimientos migratorios, pero actualmente emprenden camino hacia todas las regiones y se encuentran inmersas en todos los tipos de flujos migratorios (campo-ciudad, sur-norte, etc.).

Las actuales modalidades de migración incorporan la movilidad de mujeres solas o acompañadas de su familia, cuando son ellas las que ocupan el rol de jefa de familia o jefa del hogar, habida cuenta que, según datos de las Naciones Unidas, en América Latina las mismas conforman la franja estimada entre el 20% y el 40% de “mujeres jefas de hogar”. (Cfr. Población, Equidad y Transformación Productiva – Naciones Unidas). El ejemplo más significativo de este tipo de inmigración de mujeres que han ingresado solas a la Argentina, es el de las peruanas, aunque también se produce el mismo fenómeno en una considerable

cantidad de mujeres bolivianas y paraguayas. Independientemente de su magnitud, existe consenso de que los movimientos migratorios tienen un impacto diferente en hombres y en mujeres, especialmente cuando se realizan en condiciones de ilegalidad.

En relación a los roles de género como parte integrante de los factores causales de la migración, se ha encontrado, por ejemplo, que las relaciones de género, los roles y las jerarquías influyen en el proceso migratorio y, en particular, las probabilidades de migración de hombres y mujeres, produciendo diferentes resultados migratorios (Cfr. Grieco & Boid, 1998). El género puede ser un elemento crucial en las percepciones y las condiciones que facilitan o frenan la migración. Por ejemplo, en la consideración de la migración como una opción posible, en la percepción de las opciones migratorias disponibles, en los recursos que la familia pone en disposición de sus miembros en el proceso de migrar y en la capacidad que tendrá la mujer de participar activamente en la decisión de migrar, tanto suya como de los demás miembros del hogar.

Por otro lado, los procesos migratorios mismos pueden tener efectos en los roles de género y contribuir eventualmente a cuestionar rasgos culturales que marcan inequidades de género. Sin embargo, los estudios en este ámbito no muestran resultados concluyentes, porque los efectos estarían influenciados por muchos otros factores, entre los que se encuentran las circunstancias en que se decidió emigrar, el status anterior a la migración y las circunstancias concretas de su inserción en el lugar de destino. En términos de Hugo (1999), pueden identificarse varias situaciones que deberían producirse para que la migración tenga un efecto positivo en la mayor equidad de género: 1) que la migración no sea indocumentada; 2) que las mujeres trabajen fuera de la casa en el lugar de destino y en el sector formal; 3) que las mujeres hayan migrado por su cuenta y no como dependientes familiares y 4) que la migración sea de tipo permanente y no temporal. Más abajo recuperamos esta caracterización respecto de nuestro referente empírico.

Con respecto a las consideraciones anteriormente expuestas, los datos de nuestro trabajo de campo indican que las mujeres no han sido primer eslabón de la cadena migratoria, sino que se han trasladado como parte de una estrategia de reunificación familiar y / o ampliación de recursos -como es el caso de la lógica del trabajo de mediería-. En este sentido, la inserción local utiliza en principio el recurso que posibilita la inclusión previa de

familiares en la sociedad y el mercado de trabajo del país receptor. Debemos además considerar que, en el transcurso de la carrera migratoria, se agregan trabajos eventuales en talleres de costura, servicio doméstico, comercio. Con respecto al carácter “legal” o “ilegal” de la residencia, cabe mencionar que al interior de un universo predominantemente indocumentado hemos registrado que la tramitación de la documentación privilegia a los hombres y los niños en una racionalidad que considera la ocupación de los primeros y la escolarización de los segundos.

Hasta el momento de nuestro trabajo de campo la intervención de los roles de género en la decisión de migrar aparece fuertemente pautada tanto por los hombres como por la familia ampliada. Nuestras entrevistadas han migrado siguiendo a maridos, hermanos, primos, tíos.

En cuanto a la probabilidad de que el propio proceso migratorio contribuya a la modificación de dichos roles, con la posibilidad de transformar pautas culturales de inequidad en las relaciones hombre-mujer, habida cuenta de la anteriormente nombrada intervención de otros factores, encontramos, con respecto a las condiciones enumeradas por Hugo:

- 1- Los casos de indocumentación superan ampliamente a aquellos de residencia legal.
- 2- Nuestras entrevistadas han realizado tareas diversas en su permanencia en Argentina, todas ellas en el sector informal. La inserción laboral más frecuente y continua, sin embargo, es aquella de la producción hortícola, que comparte la doble condición de estar invisibilizada en el contrato de mediería y ser recuperada discursivamente tanto por hombres como por mujeres en términos de “ayuda”, cuestión que favorece su minimización en las relaciones entre los géneros, contribuyendo potencialmente a un desequilibrio en la toma de decisiones. Esta apelación al trabajo como “ayuda” aparece como un principio de división sexual del trabajo, operando más al nivel de las representaciones que de la práctica concreta; dado que además de encargarse de la totalidad de tareas ligadas a la vida doméstica (compra y preparación de alimentos, aseo de la casa, mantenimiento de equipamiento, crianza y socialización de los niños), las mujeres realizan, a la par de los hombres, las labores de la quinta.

- 3- Tal como lo expresáramos arriba, y aunque esta cuestión está sujeta a extensión y profundización de nuestra indagación de campo, se prefiguran situaciones de dependencia familiar al menos en la etapa inicial de la migración.
- 4- En cuanto a la última condición expresada por Hugo, hemos encontrado los dos tipos de situaciones y sus combinaciones. En el caso de aquellas mujeres que han migrado más tempranamente (décadas del 60 y 70), a un tipo de migración temporal asociada a tareas estacionales en el NOA, ha seguido una permanencia en la localidad precedida en casos por otras regiones del cinturón verde de ciudades argentinas. En migrantes más recientes (década del 80), encontramos una tendencia a la migración directa a esta región, seguida de permanencia y probablemente facilitada por la inserción previa y las redes de relaciones establecidas por los migrantes más antiguos.

Más allá de lo señalado arriba, consideramos necesario profundizar la indagación de la articulación entre las variables migración, género y trabajo dado que la información recabada hasta el momento deja algunos interrogantes referidos a variaciones contextuales de las actitudes de las mujeres que podrían asociarse con cambios en los hábitos o con la puesta en acto de recursos de género que no implican una ruptura con el equipamiento cultural. Nos referimos aquí específicamente a los casos de mujeres encargadas de la comercialización en puestos de venta en mercados, la cual traduce una amplia experiencia en el manejo pecuniario, destreza en el cálculo matemático, habilidades para lidiar con las reglas y rituales del mercadeo, entre los cuales el regateo, la puja y la negociación ocupan un lugar fundamental. Se abre como interrogante de investigación el indagar hasta qué punto estas capacidades y despliegues de agencia observados en el ámbito mencionado se replican en otros espacios de vida, están asociadas a la migración, configuran un factor de empoderamiento en las relaciones entre géneros, y/o actualizan tradiciones andinas.

BIBLIOGRAFIA

Archenti, A. y Ringuelet, R (1997): "Mundo de trabajo y mundo de vida: Migraciones, ocupaciones e identidad en el ámbito rural". En: *Papeles de trabajo*. Publicación del Centro Interdisciplinario de Ciencias Etnolingüísticas y Antropológico- sociales de la UNR. N° 6. Noviembre.

Archenti, A. y Tomás, M.M. (1997): "Identidades migrantes e inserción local en un contexto subrural". Ponencia presentada al Congreso Nacional: "*Pobres y Pobreza en la Sociedad Argentina*". U.N.Q., CEIL. CONICET.

Archenti, A. y Tomás, M.M.(1999): "Instituciones locales e identidades migrantes: Bolivianos en la zona hortícola de la Plata". Ponencia presentada a la III Reunión de Antropología del MERCOSUR. Posadas, Misiones, Noviembre.

Archenti, A. y Tomás, M.M.(2000): "Variaciones identitarias en contextos migrantes de la ciudad de La Plata". Ponencia presentada al VI Congreso Nacional de Antropología Social. Mar del Plata, Septiembre.

Barth, F. (1976): *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Fondo de Cultura Económica, México.

Benencia, R, y Gazzotti, A. (1995): "Migración limítrofe y empleo: precisiones e interrogantes". En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 31. Buenos Aires.

Benencia, R. y Karasik, G. (1994): "Bolivianos en Buenos Aires: aspectos de su integración laboral y cultural". En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 9, N° 27.

Buenos Aires.

Caggiano, S.(2002): ¿Bolivianos? en dos ciudades ¿argentinas?. Identidades sociales en procesos migratorios contemporáneos. CLACSO.

Calderón, F. Y Szmuckler, A. (1998): "Aspectos culturales de las migraciones en el MERCOSUR". Documento de debate N° 31. MOST-UNESCO.

Elías, N.(1997): *Logiques d'exclusion*. París, Fayard.

Fuld, R.G. (1997): "Los inmigrantes limítrofes, culpables de la desocupación en Argentina?". En: *Realidad Económica* No. 149. Julio / Agosto.

Giménez, G. (1994): "La identidad social o el retorno del sujeto en Sociología".

En: *III Coloquio Paul Kirchoff*. UNAM. México.

Hugo, G. (1999): "Gender and migration in Asian countries. Gender and Population Studies. IUSSP. Liège, Belgium.

Lattes, A y Bertoncello, R.(1996): "Dinámica demográfica, migrantes limítrofes y actividad económica en Buenos Aires". Trabajo mimeografiado.

Laclau, E. (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*.

Nueva Visión, Bs. As.

Lipszyc, C. Et Al (2001): Mujeres migrantes en la Argentina. Informe a la conferencia mundial de Naciones Unidas contra el racismo, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia, Sudáfrica.

López Caleri, V. (1999): "Población boliviana en el cinturón verde de Córdoba: condiciones de vida e interacción con el medio natural". Ponencia presentada al Seminario General de la Red de Estudios de Población ALFAPOP. Bellaterra, España.

Maguid, A.(1995): "Migrantes limítrofes en la Argentina: su inserción e impacto en el mercado de trabajo". En: *Estudios del Trabajo*, Nro. 10. Buenos Aires: ASET.

Maguid A. (1997): "Migrantes limítrofes en el mercado de trabajo del área metropolitana de Buenos Aires. 1980-1996". CONICET-INDEC: trabajo mimeografiado.

Park, R. (1950): *Race and Culture*. Nueva York, Free Press.

Ringuelet, R. et al. (1991). "Tiempo de medianero". En *Cuestiones Agrarias regionales*, N° 3. Estudios e Investigaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

Vila, Pablo (1993): "Las disputas de sentido común en la frontera norte. El 'otro' en las narrativas de juarences y paceños". Ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. México.

Williams, R. (1980): *Marxismo y Literatura*. Ed. Península, Barcelona..

Wolf, E. (1993): *Europa y los pueblos sin historia*. Fondo de Cultura Económica. México.